
3 1761 06781956 5

LA CENA

DE

BALTASAR,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA DEL FRANCÉS

por

ANTONIO ZAMORA.

MADRID.—1872.

ADMINISTRACION: TEATRO DE VARIEDADES.

MAGDALENA, 40.

LA CENA DE BALTASAR.

LA CENA DE BALTASAR

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA DEL FRANCÉS

por

ANTONIO ZAMORA.

Representada con extraordinario aplauso en el Teatro de Variedades la noche del 20 de Mayo de 1872.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,
SOLDADO, 4.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ISABEL.	D.ª Concepcion Rodriguez.
LUCIA.	Srta. D.ª Juana Gonzalez.
ANITA.	Cármen Arispon.
D. EUGENIO SILVESTRE.	D. Juan José Lujan.
D. BALTASAR CASAMON.	Antonio Riquelme.
D. ADOLFO MONTERO. .	José Vallés.
D. PABLO LUJAN.	Andrés Ruesga.
BAUTISTA	Mariano Martinez.

La escena contemporánea y en Madrid.

A LOS ACTORES

DEL

TEATRO DE VARIEDADES.

Todos habeis desempeñado vuestros respectivos papeles con cuidadoso esmero y singular acierto.

El público, colmándoos de aplausos, os lo ha manifestado así.

Aceptad tambien el mio y la gratitud que os debe por tan lisonjero éxito, vuestro compañero

A. ZAMORA.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de sala elegantemente amueblada. Puerta al foro y laterales: la primera de la derecha figura dar á la calle: la segunda es la habitacion de Adolfo; el foro derecha las habitaciones interiores; el foro izquierda figura comunicar con otra puerta de la casa. En primer término, izquierda, habitacion de D. Baltasar. En segundo, chimenea, un velador con libros, periódicos, papel de escribir, sobres, timbre, etc., etc. Al levantarse el telon todas las puertas están cerradas; á poco sale con gran precaucion D. Baltasar, primera puerta derecha, atraviesa la escena de puntillas á la primera izquierda, á poco se abre la del foro y sale Bautista. Dan las siete en el reló de la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

BAUTISTA.

BAUT. Las siete! Qué bien se duerme en esta casa. Desde anoche á las ocho que me acosté, nadie me ha incomodado!... Se conoce que el amo se recogió temprano; se aburriría de estar solo, porque las

señoras se fueron á Aranjuez á ver una tia suya que está enferma. Seguro estov que el amo es incapaz de hacer ninguna picardigüela, como hacen otros maridos. Ea, echemos un cigarrillo... No, mejor será fumar un puro de los que el amo gasta... (*Se dirije á la chimenea y abre una caja de cigarros.*) Estos no, estos son de á tres cuartos, de los que el amo dá á sus parientes y amigos... pero como yo no soy ni pariente ni amigo, no me sirven sino los habanos, los que él fuma!...
(*Coge un cigarro de otra caja y lo enciende.*)
Bueno es de veras!... Lo chuparé tendido en la butaca; hoy tampoco hay prisa para arreglar la casa... se levantará tarde ó esperará que le despierte el señorito Adolfo. Tambien ha sido capricho del amo, traerse á casa á ese pollo, solo por haberle hecho no sé qué favor viniendo de Andalucía!...
(*Suena una campanilla en la primera puerta, izquierda.*)
Calle! el amo! Allá voy, señor! Allá voy! Esconderé el cigarro.

ESCENA II.

DON BALTASAR, con bata. Trae un sombrero en la mano. BAUTISTA.

BALT. Se ha levantado ya don Adolfo?
BAUT. No, señor.
BALT. Entra á llamarle, y dile que venga al momento; que le necesito para un asunto importante.
BAUT. Voy.

ESCENA III.

DON BALTASAR.

BALT. No hay tiempo que perder!... mi esposa debe llegar en el tren de la mañana, y antes que venga

debo desembarazarme de este sombrero que es para mí la espada de Damocles.

ESCENA IV.

DON CASIMIRO y BAUTISTA.

BAUT. Que sale al momento.

BALT. Bueno; puedes irte á tus quehaceres; no necesito nada por ahora.

BAUT. Me parece que está usted así... como agitado!... Está usted malo?

BALT. Por qué lo dices?

BAUT. Porque le encuentro á usted con peor semblante que otros dias. ¿Ha pasado usted mala noche?

BALT. Toda en un sueño!... (ojalá!) menos un ratito que me dolieron las muelas... (y tanto!...)

BAUT. Ya decia yo que algo raro tenia usted en la cara.

BALT. (Tendré todavia señal?) Y á tí quien te mete á saber cómo tengo yo la cara por la mañana?

BAUT. Perdone usted; pero como yo le estimo...

BALT. Bueno, bueno. Márchate y cierra esas puertas.

BAUT. Está bien. (Así me enteraré yo, por no perder la costumbre, de todo lo que hablen.)

ESCENA V.

DON BALTASAR y ADOLFO.

ADOL. Ya de pié?

BALT. Sí, amigo mio, sí. Perdone usted que le haya hecho levantar tan de mañana, pero me lo dispensará cuando sepa...

ADOL. Usted sabe que cuenta conmigo para todo, como quiera.

BALT. Déme usted un abrazo, y otro, y otro. Ya sé que es usted mi mejor amigo!... Más que amigo, casi un padre.

ADOL. Hombre, no tanto.

BALT. Sí; casi mi padre, porque si él me dió la vida, á

usted se la debo tambien; por usted la conservo.

ADOL. No hablemos de eso; cumplí con un deber.

BALT. Bueno; pero no todo lo que se debe se paga. Yo sé que es usted tan modesto como generoso, y esa es la razon porque quiero que sepa cuanto me pasa. Voy á darle á usted una gran prueba de confianza revelándole un secreto.

ADOL. Diga usted, diga usted lo que quiera, en la seguridad que sabré guardarle.

BALT. Ay, amigo mio! amigo mio! Sepa usted que anoche descarrilé.

ADOL. Tambien estuvo usted de viaje?...

BALT. No señor; descarrilé en el camino de la virtud.

ADOL. Eso es grave.

BALT. Y tanto.

ADOL. Vamos, explíquese usted.

BALT. Recordará usted que ayer al despedirnos le dije no me aguardará para comer porque iba á hacerlo con mi amigo Durán en la casita que se ha construido en el barrio de Pozas, con su jardinito, su cueva, su bodega... etc., etc. Así lo hice: llegué, me enseñó toda la casa y á las cinco nos pusimos á comer. La comida se prolongó hasta bien entrada la noche, porque nos entretuvimos en conocer los efectos que la nueva bodega producia sobre el vino, sin acordarnos del que el vino haria sobre nosotros. Al pronto no noté en mí nada de extraordinario; me despedí de Durán y salí de su casa... pero á los pocos pasos, queriendo orientarme, me encontré, que en vez de hallarme en el barrio de Pozas, estaba entre Pinto y Valdemoro.

ADOL. Ya me lo habia yo figurado.

BALT. Empiezo á andar derecho, derecho... es decir, todo lo más derecho posible, y por fin llegué á la plaza de Oriente. Allí me detuve un instante para tomar fuerzas y proseguir mi camino, cuando se dirige á mí una criatura angelical!... una jóven

tan modesta como bella, que me pregunta con un airecillo tan turbado como interesante... «¿Caballero, tendria usted la bondad de decirme por dónde iria yo bien á la calle de Peligros?» Al momento comprendí que la pobrecita se habia extraviado. En aquel momento me era más fácil acompañarla que indicarle el camino con claridad, y la supliqué me permitiera servirla de guia.

ADOL. De seguro aceptó.

BALT. Sí; pero no sin habérselo yo rogado mucho. Echamos á andar, y al poco rato parecíamos los mejores amigos del mundo.

ADOL. Me lo figuraba.

BALT. Por qué?

ADOL. Por nada. Siga usted... siga usted.

BALT. Andando y hablando, llegamos á la calle de Alcalá, esquina á la de Peligros; es decir, frente á Fornos!... Fornos!... mi perdicion. Se me ocurrió la idea de preguntarla si queria tomar algun dulce... algun helado...

ADOL. Y aceptaría?

BALT. Nó!... No puedo tomar helado, me respondió: mejor tomaria un poco de jamon ó un bistek... pero esto me lo dijo con una cortedad...

ADOL. Ya se conoce que la chica era corta de génio.

BALT. Eso sí; muy corta, y muy bien educadita sobre todo. Pues, como decia, entramos en el restaurant y pedimos nuestra cena y su botellita de Champagne. Me contó casi toda su vida, que ha sido muy triste y muy desgraciada. Es hija de una familia muy decente, que vino á menos. Tambien me dijo que el año pasado debió casarse...

ADOL. Pero no se casó?

BALT. Nó; el tunante de su novio se fué con otra. En fin, charlando, charlando, me preguntó mi nombre y dónde vivia; yo le dí las señas de casa, pero la dije que me llamaba Adolfo Montero.

ADOL. Me gusta la confianza!

BALT. Amigo mio, no me atreví á decirla mi nombre. ¿A usted qué le importa siendo soltero?

ADOL. Sin embargo... Pero vamos á la historia.

BALT. Eso es. Pues como decia... charlando, charlando, dieron las dos de la mañana. Ella se asustó mucho porque era tarde; yo más porque no llevaba la llave del portal y no queria que el sereno se enterase de mi estravío. Pago al mozo, me dirijo á la puerta y estaba cerrada. Entonces viene otro camarero, me conduce á la de Peligros, la abre, digo mal, me enseña un agujero en la parte inferior de ella y me dice que aquella es la salida para la calle: agazápome para salir, subo un escaloncito muy mono que hay allí, se me escurre un pié, la puerta me empuja por detrás, y sin saber cómo, doy de bruces sobre cuatro ó cinco personas que estaban hablando en la parte exterior. El uno me empuja, el otro me llama bruto, el otro torpe, y otro más chusco, tirándome el sombrero por el suelo, dice... si está borracho!... ¿no lo veis? Esto me hizo perder los estribos... Le devuelvo la gracia tirándole de un cachete el suyo y ¡aquí fué Troya! Empiezan á golpes conmigo; yo con ellos!.. La niña se me desmaya, y cuando estábamos en lo más fuerte de la refriega, oigo decir... *Los amarillos! ¡Los amarillos!!!* Me sonó aquella voz como la trompeta del Juicio!... Creo que recobré el mio, que le tenia un poco perdido; cojí el primer sombrero que hallé á mano y eché á correr, temeroso de que me pillaran y dieran conmigo en la prevencion!... Al cabo de estar corriendo una hora, me encontré cerca de la Casa de la Moneda; me senté allí en un banco á esperar la mañana para poder entrar en casa; llego al fin hace un rato, y cuando ya me creia sano, y sobre todo, salvo de tanta aventura, reparo que el sombrero que me

he traido no es el mio, sino uno de los de mis adversarios.

ADOL. Mejor para usted si es más nuevo que el suyo.

BALT. Qué me importa á mí el sombrero!... Veinte daba yo porque desapareciera aquel. Lo horrible de haberle perdido es que harto de que me cambiaran mis sombreros en el casino y en los guarda-ropas, tomé la determinacion de poner una tarjeta mia en el fondo; de modo que el que anoche disputó y rodó conmigo sabrá mi nombre y las señas de mi casa. Ahora bien; dígame usted, amigo mio, qué hago yo, si ese hombre, como es natural, viene á buscarme y á pedirme explicaciones sobre el lance de anoche, y sobre todo, si mi mujer se entera que la única que me ha dejado solo me he ido á picos pardos!... Créalo usted, amigo mio!... me saca los ojos!... Créalo usted.

ADOL. Bueno!... y qué quiere usted de mí, en qué puedo ayudarle?...

BALT. Verá usted lo que á mí se me ha ocurrido para impedir que ese hombre venga aqui. En el fondo de su sombrero hay un nombre...

ADOL. Entonces nada más fácil.

BALT. Sí, pero un nombre muy vulgar, Perez; y no dice más! Perez!...

ADOL. Poco es.

BALT. Sin embargo, hay un medio de dar con él. En casa de Bailly-Bailliere se vende el Diccionario indicador alfabético, que contiene las señas de casi todas las personas conocidas de Madrid. Se compra: coje usted el sombrero y pregunta á todos los que tengan cierta posicion social... entre ellos debe estar el mio, porque todos ellos tenian buena facha...

ADOL. Pues señor, es muy bonito encargo, y muy breve, y muy cómodo, para volverse tísico de subir escaleras.

BALT. Usted me ha salvado la vida, sí ó nó? Pues sálve-

me usted ahora, y serán dos vidas las que le deba en vez de una.

ADOL. Pero señor, qué tiene que ver...?

BALT. Pues no ha de tener! Usted me salvó la vida para que gozara de ella, ó para dejarme sufrir la série de catástrofes que me esperan con mi mujer?

ADOL. Pero don Baltasar...! eso es abusar...

BALT. No dá usted con un ingrato, se lo aseguro!... Yo le recompensaré cumplidamente su molestia!... yo le daré una gran sorpresa.

ADOL. Si va á ser como las dos que me lleva dadas, le ruego que la suprima.

BALT. (Me cree ciego!... Cree que no he conocido que ama á mi hija.) Se la daré á usted... vamos, se la daré.

ADOL. Pero el qué?

BALT. Nada, nada... Es cosa convenida. Aquí está el sombrero. (Le dá el sombrero que dejó á la salida sobre la butaca de la izquierda. Adolfo lo toma y lo deja á su lado en el sofá.) Compre usted el Diccionario ese!... yo abono todos los gastos, y corra usted en busca de ese hombre.

ADOL. Se necesita ser muy débil...

BALT. Otra vez!... Escuso darle á usted las gracias. Usted sabe que yo no olvido un favor. En el entretanto que usted vuelve voy á vestirme. Ah! Me olvidé decirle á usted que anoche llovia á mares. Con que hasta luego, Adolfo, y gracias! muchas gracias!

ESCENA VI.

ADOLFO.

ADOL. Por qué salvaria yo la vida á este sér? Así como á otros les cae la lotería, á mí me ha caido encima esta calamidad. Hay quien dice que se ha encontrado un bolsillo con dinero, y yo me he encon-

trado este tipo hace un mes viniendo de Sevilla. Viajábamos juntos en el mismo departamento; yo me quedé dormido, y él por encender un cigarro, ó no sé cómo, pega fuego al wagon, y no lo nota hasta que el humo y las llamas nos dominaban por completo! Pierde la serenidad, abre la ventanilla y se lanza al espacio!... Yo no sé cómo pude cogerle por el abrigo, y con grave riesgo de matarme pude salvarle de aquel peligro! Empiezo á dar voces, me oyen los del wagon inmediato, cunde la alarma, el tren para y nos sacan de alli milagrosamente. Desde aquel instante empieza su gratitud y mi tormento. Me ha traido á su casa; no me deja á sol ni á sombra; tengo que recurrir á mil enredos para que me deje visitar á mi novia, á mi guantera, á la mujer por quien solo he venido á Madrid. Ya no puedo soportar tanta gratitud!... Hoy, dia perdido; ya no la veo!... Decididamente, ó él cambia ó me vuelvo á Sevilla por no verle más.

ESCENA VII.

ADOLFO y DON BALTASAR.

BALT. Aún no ha salido usted? Por Dios, no se detenga más; piense usted en que mi mujer debe llegar de un momento á otro, en que Perez puede ocurrírsele venir, y estalla el volcan que siento hervir bajo mis plantas!... Corra usted!...

ADOL. Voy! voy! Pero antes déjeme usted que me ponga un gaban, no coja una pulmonía, que es lo único que me hace falta, despues del tabardillo que voy á coger por su causa.

BALT. Eso no! Su salud de usted primero que nada! Conserve usted su vida creada para salvar la mia!

ADOL. Ea! ya estoy listo para las ascensiones!... Voy á buscar una aguja en un pajar, (Se dirige á la prime-

ra puerta derecha. Baltasar le indica la del foro izquierda.)

BALT. Por esa puerta no!... que podria usted tropezar con mi mujer, que puede llegar de un momento á otro!... Por la otra!... Por la de servicio!... y perdóneme usted.

ADOL. Me marea usted, don Baltasar!.. me marea usted. (Váse por la puerta del foro izquierda.)

BALT. Lleva usted el sombrero?... Bueno!... Ah! enfrente tiene usted la librería!.. No olvide el Diccionario... yo pago!... Por qué iria yo á Fornos!... por qué?

ESCENA VIII.

DON BALTASAR. ISABEL. LUCIA, por la puerta de la derecha en traje de viaje, seguidas de BAUTISTA y ANITA.

BALT. (Mi mujer! Digo! si nos descuidamos un poco!) Cuánto me alegro que hayais venido tan puntualmente.

LUCIA. Buenos dias, papá.

BALT. Adios, hijita.

ISAB. Toma, Anita; lleva esos sacos á mi cuarto. (Váse por el foro derecha.) Y tú Bautista recoge del coche el equipaje y paga al cochero. Te creia durmiendo aún...

BAUT. Anda! y hace más de dos horas que el amo está en pié!...

BALT. El equipaje espera.

BAUT. Si la señora supiera qué desgraciado es el amo cuando le dejan solo! por sufrir, hasta las muelas le han estado doliendo toda la noche.

ISAB. Y estás mejor?

LUCIA. Está usted enfermo?

BALT. No, hijas mias!... Pero animal! á tí quién te mete á decir...?

BAUT. Porque siempre es bueno que las señoras le cuiden!... Créanme ustedes!... la soledad dá malos ratos al amo.

BALT. Bautista, el cochero aguarda. (Me las pagarás.)

BAUT. (Váyase por las pelucas que tú me echas!...)

ESCENA IX.

DICHOS, menos BAUTISTA.

ISAB. Pero no sabias que solo un dia íbamos á estar separadas de tí? á qué ese mal rato? Sí; ahora noto que estás un poco pálido y desencajado.

BALT. Con efecto; no me encuentro en mi estado normal.

ISAB. A llamar al médico inmediatamente.

BALT. No; no es el médico lo que me hace falta, sino la tranquilidad de teneros á mi lado. Y cómo has dejado á la tia?

ISAB. Un poco más aliviada.

BALT. Vaya, me alegro.

LUCIA. Mamá, si no le hablas de Pablito, me voy adentro.

ISAB. No seas impaciente.

LUCIA. Si no es impaciencia!... pero como debe venir á hablar á papá hoy por la mañana, es preciso prevenirle.

ISAB. Bien, mujer!... bien! Baltasar, conoces tú por casualidad á un tal don Eugenio Perez...?

BALT. Eh?... cómo has dicho?... Perez!... (Si lo sabrá ya?...)

ISAB. Sí, hombre, sí!... Eugenio Perez! ¿Qué tiene de asustadizo ese nombre?

BALT. Nada! nada! Pues si es un nombre muy simpático!... (Eugenio! Eugenio se llama el bribon...) No caigo! no caigo... si conozco algun Perez...

ISAB. Este de quien te hablo es un gran poeta, y me llama la atencion no le conozcas, porque segun tú me has dicho, en el Casino donde tú vas, asisten casi todos los escritores...

BALT. Es cierto que van muchos! Pero qué quieres tú de ese señor Perez?

ISAB. Te lo diré. Al salir de Aranjuez esta mañana, me encontré sin ningun libro con que entretenerme; pregunto si los vendian en la estacion y me dijeron que no. Tú sabes lo que me fastidia viajar sin libros!... Venia diciendo esto á Lucía, y lamentando el atraso en que estamos en este país, donde en vez de vender libros, solo le ofrecen al viajero agua y aguardiente, cuando un compañero de viaje, me ofreció un precioso tomo de poesías...

BALT. (¡Respiro!)

LUCIA. (Ahora le habla de poesías, en vez de hablarle de mi Pablito.)

ISAB. El caballero aquel no tenia mas que el primer tomo y yo desearia conocer toda la obra, y al autor si es posible: por eso te he preguntado... En el entretanto quiero que la compres, ó mejor que eso, daré el encargo á Adolfo que lo ejecutará mas pronto que tú. ¿Dónde está Adolfo?

BALT. Ha salido ya... Me ha dicho que iba á tomar un poco el fresco.

ISAB. Con el frio que hace?... Ah! héle aquí!...

ESCENA IX.

DICHOS y ADOLFO con el diccionario, que viene foro izquierda.

BALT. (Respiro!... Ya le habrá encontrado.)

ADOL. Buenos dias, señoras. Qué tal ha sido el viaje? (Que me le he dejado aquí!)

BALT. (El qué?)

ADOL. (El sombrero!)

ISAB. Muy bueno! Apenas le he sentido, embriagada en la lectura de unas poesías.

BALT. (Dónde le ha dejado usted?)

ADOL. (Qué sé yo!... Si me aturde usted!...) Me alegro.

LUCIA. De quién es este sombrero tan mojado?... Perez!...

BALT. (Me morí!... Cójale usted!...)

ADOL. Ah! Sí... es de... Perez!

ISAB. Qué simpático es ese nombre para mí desde esta mañana!...

BALT. (Y para mí lo mismo!)

ISAB. Pero cómo está este sombrero aquí?

BALT. (No me abandone usted...) Nada!... que hay coincidencias... mas raras... (Ayúdeme usted!...) Verás... anoche en el Casino... donde estuve un momento... cogí equivocadamente... el sombrero ese, que debe ser de Perez... y ese señor Perez... probablemente se llevaria mi sombrero... Adolfo iba ahora á buscar á Perez para darle su sombrero... y que Perez me devolviera mi sombrero... (Pues señor, no salgo de la sombrerería!... Sáqueme usted por Dios.)

ADOL. Eso es todo.

ISAB. Y para decir una cosa tan natural... balbucea tanto.

ADOL. (Usted sabe los Perez que hay en Madrid conocidos segun este libro?... seiscientos ochenta y nueve...)

BALT. (Horror!...)

ISAB. De modo que sabes dónde vive Perez?

BALT. Seiscientos ochenta y nueve.

ISAB. Qué dices? Si te pregunto qué calle!...

BALT. Qué calle?

ISAB. Parece que estás tonto!... Te pregunto que en qué calle vive el señor Perez.

BALT. (Eso es lo que yo quisiera; saberlo. Adolfo! Adolfo, sálveme usted porque yo me abogo.)

ADOL. La calle no la sabemos á punto fijo, pero en el Casino nos darán las señas exactas.

ISAB. Búsquele usted, Adolfo... búsquele usted, y averigüe si es el autor de unas poesías muy poéticas que he leido hoy.

BALT. Sí, amigo mio; tráigalo usted... (muerto mejor que vivo.)

ADOL. Voy á complacer á ustedes. (Esta gente me va á

convertir en perro de aguas!...) (Desaparece por el foro izquierda un momento, y vuelve á salir oportunamente.)

LUCIA. Mamá, le hablas de eso, ó nó?

ISAB. Voy, hija mia; voy.

ADOL. Dónde he dejado el Diccionario?

ISAB. Qué Diccionario?

ADOL. El que traia en la mano antes.

BALT. Aquí está, hombre, aquí está. Todo lo pierde usted hoy.

ADOL. (Como no pierda la cabeza no será malo!) Venga.

ISAB. Y para qué quiere el Diccionario?

BALT. Para leer. Le pasa lo que á tí, que no puede ir en coche sin leer.

LUCIA. Mamá!

ISAB. Voy, mujer, voy. Baltasar... tengo que hablarte de un asunto muy importante.

BALT. A mí?

ISAB. Sí, supongo no habrás olvidado que Lucía va á cumplir pronto veinte años, y es preciso pensar en establecerla.

BALT. Qué casualidad mas rara!... Lo mismo pensaba decirte yo.

LUCIA. (Qué gusto!)

ISAB. Entonces debemos hacerte una confianza.

BALT. La supongo. (Digo, Adolfito, si es listo!... Ya las habia hablado del asunto!... Me creen ciego!)

ISAB. Baltasar, el corazon de Lucía ha hablado ya.

BALT. Cómo es eso, señorita? Usted deja hablar á su corazon sin el permiso de su papá?

LUCIA. Vamos... no me diga usted esas cosas, que me dá mucha vergüenza!...

ISAB. Déjala, hombre, déjala. Tratemos el asunto con formalidad. Lo primero es que sepas quién es el favorecido, porque no le conoces.

BALT. Qué no le conozco? Deveras?

ISAB. No.

BALT. Vamos, quién es? quién?

ESCENA X.

DICHOS, BAUTISTA.

BAUT. El barbero está esperándole á usted, y la modista espera en la sala á la señora.

BALT. Voy, voy al momento. Un barbero no debe esperar... la impaciencia podia alterarle el pulso... aguardarme un momento y seguiremos tratando de ese asunto tan agradable para mí.

LUCIA. (Ni que lo hiciera á propósito!... qué fastidio!...)

BALT. Bautista, oye. Si viene alguno á buscarme, que no estoy en casa...

BAUT. Está muy bien.

ISAB. Bautista... vé á la librería de Bailly-Bailliere y pregunta si tiene unas poesías que se titulan «Los gritos del corazon,» de Eugenio Perez, y cómpralas si hay algun ejemplar.

BAUT. Corriente. (Váse.)

ISAB. Ya has oido á papá que está dispuesto á complacerte; espérale aquí si quieres, vuelvo al instante, voy á ver qué quiere Angelita.

ESCENA XI.

LUCIA, á poco DON EUGENIO y ANITA, foro izquierda.

LUCIA. Me extraña la tardanza de Pablito, y eso que me aseguró que vendria temprano; tengo un deseo de que conozca á papá...

ANITA. Señorita, aquí hay un caballero que dice tiene que hablar con el amo.

LUCIA. Que pase enseguida! Si será él? Ay! cómo me palpita el corazon!...

ANITA. Pase usted.

LUCIA. (Ah! No es él!)

EUG. Buenos dias... Desearia ver al señor don... (Mirando el interior del sombrero.) Don Baltasar Casamon.

LUCIA. Tenga usted la bondad de sentarse, si gusta, y espérele un momento, ahora saldrá. Si usted me dá su permiso...

EUG. Usted le tiene.

ESCENA XII.

D. EUGENIO.

EUG. Es muy amable esta niña, y muy mona!... (*Al sacar el pañuelo del bolsillo deja caer dos ó tres tarjetas.*) Eh?... qué es esto?... Mis tarjetas! Las que ha mandado hacer mi esposa para darme *bombo*, como ahora se dice. Ella lo entiende mucho!... me ha encargado que á todas las casas que vaya dé una al criado para anunciarme, porque sobre ser un rasgo muy fino y de buena crianza, sirve para hacer publicidad. ¡Y qué bien suena!... «Don Eugenio Silvestre, profesor de caligrafía, autor de un nuevo método de escritura.» Pero soy tan distraido que nunca me acuerdo de dárselas á nadie... Dejaré dos ó tres sobre este velador por si cae alguna leccioncilla!... Caramba y qué bien puesta tiene la casa el señor Casamon. Se conoce que no es maestro de escuela!... Y digo!... Los sombreros que usa!... lloviendo como llovia anoche... nuevecito!... vamos, debe ser progresista de los que cobran!... Sí; eso debe ser... cuando cena en Fornos. En cambio yo, que esparzo la luz, solo he conseguido ver cenar y estrenar sombreros los años bisiestos... Cómo estaría anoche el amigo, cuando no notó que se llevaba mi sombrero por el suyo. Yo puse el mio encima de una mesa del restaurant donde voy á última hora á dar leccion de escritura á un camarero que quiere ser regidor cuando vuelva á la tierra. El hombre estaba tambien distraidillo con su pareja que no notó!... Ay! qué felices son... los que lo son.

ESCENA XIII.

DON EUGENIO y BAUTISTA, á poco ANITA.

BAUT. El librero no ha oido... Calle!... por dónde ha entrado este hombre. Espera usted á alguien?

EUG. Al señor don... (*Mira el fondo del sombrero.*) Don Baltasar Casamon.

BAUT. Ahora es ella! (Este es el del sombrero de anoche, al que tenia el amo tanto miedo que no queria recibir; sin duda Anita le ha abierto mientras he ido á la librería.)

EUG. (Creo que está hablando solo!... mal síntoma.)

BAUT. (Yo debo salvar al amo con cualquier embuste.) Perdone usted si me atrevo á preguntarle si es la doncella la que le ha abierto la puerta.

EUG. No puedo asegurarle á usted si ha sido una doncella, aunque á mí me parece que sí.

BAUT. Y le ha dicho que don Baltasar estaba en casa?

EUG. Eso; sí, señor.

BAUT. Siempre está en bábia esa chica. Se ha equivocado, porque el amo salió ya hace rato.

EUG. Bah! Bah!...

BAUT. Créalo usted; y de seguro no volverá á casa hasta mañana ó pasado.

EUG. El equivocado debe usted ser seguramente, porque la hija de don Baltasar me ha dicho que esperara aquí un momento á su papá.

BAUT. Eso es otra cosa. Habrá vuelto sin que yo le haya visto.

EUG. (Yo sí que te he visto.)

BAUT. (Y cómo saco al amo de este apuro, sin que la señora vea á este hombre?)

EUG. (Cuando digo yo que este criado no está bueno!...)

BAUT. (Ya sé!... Voy á meterle miedo!)

EUG. (Que me escama! Vamos, que me escama!)

BAUT. Anita! Anita!

ANITA. Llamaba usted?

BAUT. Sí; sabe usted si han traido ya unos sables y unas pistolas que compró el amo ayer? (Si le interesa á usted su vida diga usted que sí!...)

ANITA. (Qué enredo es este?) Sí, creo que sí. (Es eso todo?)

BAUT. Pues hágame usted el favor, Anita, de llevarlas al gabinete donde el amo tiene las otras.

ANITA. Enseguida. (Bautista se ha vuelto loco.)

EUG. Don Baltasar es aficionado á las armas, eh?...

BAUT. El amo le pega un tiro á un mosquito á treinta varas.

EUG. Pegar es.

BAUT. Como usted lo oye, señor de Perez! Y desgraciado del que se meta con él, porque le ensarta!

EUG. (Por qué me llamará á mí Perez este hombre?)

BAUT. No extrañe usted le haga una pregunta sobre lo de anoche, porque como usted comprende me interesa...

EUG. (Lo dicho, este criado está tocado.) Diga usted... diga usted!...

BAUT. En qué quedaron los porrazos de anoche?

EUG. Qué porrazos?

BAUT. Los que hubo despues de cenar!...

EUG. (Está loco!... nada, le llevaré la corriente... Cada loco con su tema.) Creo que se arreglará.

BAUT. Me alegro!... No deje usted de arreglarlo porque el amo es atroz. El último desafío que tuvo, fué con un coronel, á pistola, á no sé cuántos pasos. Tira el coronel, el amo apunta á la bala, y en mitad del camino la paró.

EUG. (Pues tu no paras, sino que vas derechito á Leganés.)

BAUT. Qué le parece á usted?

EUG A mí, bien. (Es preciso no llevar á los locos la contraria.)

BAUT. Conque bien?

EUG. Es claro.

BAUT. (Este hombre es de acero.) El amo.

ESCENA XIV.

DON BALTASAR y DICHOS.

EUG. Caballero!...

BALT. Caballero!... (¿Quién es este hombre?)

BAUT. (El del sombrero; el de anoche; el de Fornos.)

BALT. (Cómo!... Y á tí quién te ha dicho?...)

BAUT. (Ya lo sabrá usted!)

BALT. (Por qué le has dejado entrar?)

BAUT. (No he sido yo; ha sido Anita. No se fie usted de él, porque debe ser un espadachin.)

BALT. (No te vayas muy lejos, por si acaso!...) Perdone usted; le estaba dando unos encargos al chico...

EUG. Creo que es el señor Casamon á quien tengo el honor de hablar.

BALT. Ciertamente. (Qué mala cara tiene!)

EUG. Pues yo venia...

BALT. (Y mi mujer que andará por las habitaciones inmediatas...)

EUG. (Parece que no me ha oido! Si será sordo?) (Alzando la voz.) Caballero... yo venia...

BALT. Suplico á usted que baje la voz.

EUG. Perdone usted... yo venia para devolverle á usted...

ESCENA XV.

DICHOS y DOÑA ISABEL, foro derecha.

BALT. (Mi mujer!... me lo figuraba.)

ISAB. Te creia solo.

BALT. Nó; estaba ocupado con este caballero.

ISAB. Me retiro.

EUG. No señora; mi asunto es muy sencillo... Venia á traer al señor Casamon...

BALT. Isabel, creo que te llama Lucía.

ISAB. Nó... no oigo nada... Decia usted, caballero...

BALT. (Para cuándo son los terremotos!)

EUG. Nada; que venia á recojer el mio.

ISAB. Sí; mi marido acaba de contarme el cambio y hace un rato le ha enviado el suyo con un amigo.

EUG. Ah!

BALT. De modo...

ISAB. Ya que se ha incomodado usted, siéntese y espere un momento; es natural que, no encontrándole en su casa la persona que se lo ha llevado, vuelva aquí enseguida.

BALT. (Y le hace sentar!)

EUG. Con su permiso.

ISAB. Es usted muy dueño.

EUG. (Qué señora tan amable!)

ISAB. (Será este el autor de aquellos versos?... Me parece algo feo... Aunque en los ojos tiene un no sé qué...) Inútil es preguntarle si asiste al mismo círculo que mi marido, porque allí creo que ha sido donde cambiaron ustedes...

BALT. Sí, allí fué... (No me desmienta usted.)

EUG. (No quiere que su mujer sepa que vá á Fornos á última hora... lo comprendo.)

ISAB. Allí creo se reune todo lo más distinguido de Madrid en ciencias, en artes y en literatura.

BALT. (Diga usted que sí.)

EUG. Ya lo creo!... Casi todos los periodistas y poetas ..

ISAB. (¿Cómo haré para saber si es el autor?) Yo he conocido muchas familias del apellido Perez.

BALT. (Qué suplicio!)

EUG. Sí, eh? (Que conversacion tan extravagante!) Yo tambien he conocido algunas.

ISAB. Naturalmente. (Nada, no lo consigo.) Me perdonaria usted la indiscrecion de preguntarle su nombre... su nombre propio...?

EUG. Eugenio... Eugenio... Silvestre, para servir á Dios y á usted. (Pues no es poco curiosa!)

ISAB. (Él es, no hay duda. Eugenio Silvestre Perez; no hay como los poetas para tener nombres bonitos!...) Con que es usted...

EUG. Sí, señora; creo que soy yo.

ISAB. No sabe usted cuánto celebro la casualidad que me ha proporcionado el gusto de conocerle.

EUG. Muchas gracias... (Si no sé de qué me habla.)

ISAB. No puede usted figurarse qué rato tan delicioso me ha hecho pasar esta mañana su libro de usted.

EUG. (Acabáramos.) Usted me confunde, señora. (Mi mujer no lo va á creer cuando le diga el efecto que ha hecho mi obra.)

BALT. Isabel, la conversacion tan agradable de este caballero te hace olvidar que estamos abusando...

EUG. De ninguna manera.

BALT. El tiempo es precioso para el señor, y cuando Adolfo no viene, es que sin duda le está esperando en su casa.

ISAB. Tienes razon y pido mil perdones á este caballero por haberle entretenido!... Pero son tan raras para mí las ocasiones que tengo de hablar á un hombre de talento...

BALT. (Gracias por la parte que me toca!...)

EUG. Usted me confunde.

ISAB. Adios, espero no será esta la última vez que venga usted á honrar esta casa.

EUG. El honrado seré yo.

ISAB. Adios, señor don Eugenio.

EUG. A los piés de usted, señora. (Es muy amable y muy guapa esta jamona.)

ESCENA XVI.

DON EUGENIO y DON BALTASAR.

BALT. Le agradezco á usted mucho su comportamiento, él me indica que es usted un hombre de corazon.

EUG. Creo que sí.

BALT. Usted ha comprendido desde el primer momento que yo arriesgaba la paz de mi hogar si mi mujer sabia dónde me encontró anoche.

EUG. ¡Es claro!

BALT. Se lo agradezco á usted mucho. Tenga usted la bondad de decirme las señas de su casa.

EUG. Fuencarral 7. Pero usted debe saberlas, puesto que dice que allí me ha enviado mi sombrero.

BALT. Sí, señor. Perdone usted esta distraccion; yo debo á usted una visita y mil satisfacciones.

EUG. (Qué amable es.) No señor; de ningun modo, no acepto ninguna, y con su permiso me retiro, porque es tarde para mí y tengo que dar una leccion. (Váse foro izquierda.)

ESCENA XVII.

DON BALTASAR.

BALT. Bien dijo Bautista, es un maestro de armas!... por eso no quiere satisfacciones!... Lo que yo creí desde un principio... este hombre querrá un duelo, daremos un escándalo, y mi mujer acabará por enterarse de todo. Por qué fuí yo á Fornos? Por qué?

ESCENA XVIII.

DON BALTASAR, ISABEL y LUCIA.

ISAB. Se marchó ya el señor Perez?

BALT. Se marchó. (Y no del mundo que es lo que yo desearia.)

ISAB. Venimos para que continuemos nuestra interrumpida conversacion, sobre...

BALT. Lo dejaremos para otro momento, porque ahora tengo que salir para ocuparme de un asunto muy grave.

ISAB. No lo será mas que el matrimonio de tu hija; porque has de saber que su prometido debe venir á verte y á pedirte su mano de un momento á otro... Verás cómo te gusta Lujan.

BALT. Qué es eso de Luján? La mano de Lucía la tengo ya dada á otro.

ISAB. Cómo á otro? Y á quién?

BALT. Al mejor de los hombres, á Adolfo que está loco por ella.

LUCIA. Es que yo no quiero mas que á Pablo.

BALT. Y á mí qué me importa ese quidan á quien no conozco? á quien tú quieres es á Adolfo.

LUCIA. Ni le quiero, ni le querré jamás.

BALT. Cómo te atreves á decir eso de un hombre que ha salvado la vida á tu padre! Tú le querrás si eres buena hija!

ISAB. Baltasar, reflexiona que nada tiene que ver lo uno con lo otro.

BALT. Que no? Pues se casará con él, y si no le quiere al principio le querrá con el tiempo; el matrimonio es cuestion de costumbre.

LUCIA. Antes me iré á un convento.

BALT. Cómo se entiende?

ISAB. Tiene razon en no sacrificarse á tu capricho.

BALT. Tambien tú te pones de su parte?

ISAB. Me pongo al lado de la razon.

BALT. No importa, se hará lo que yo disponga.

ISAB. Eso lo veremos.

BALT. Por visto.

ISAB. Ven, hija mia, ven. Puesto que nos amenazas nos coaligaremos, y ay de tí!

BALT. Id y dejadme en paz.

ESCENA XIX.

DON BALTASAR, despues BAUTISTA.

BALT. Sacrificar yo á Adolfo!... Nunca. (Toca un timbre.) Bautista. Trae mi clac.

BAUT. Al momento.

BALT. Voy á casa del señor Perez, á ver si arreglo pací-

ficamente el asunto, porque ya no me faltaba hoy mas sino un lancecito.

BAUT. Tóme usted. (Dándolo un sombrero.) Ah! un mozo ha traido esta carta para el señorito Adolfo, de parte de una jóven...

BALT. A ver, dame!... dame!.. de fijo es para mí!.. Yo dí á Amalia el nombre suyo por el mio!... De seguro es para mí. Veamos. «Estoy esperándote aún desde anoche.» Pobrecita! Ya decia yo que parecia muy buena! «Y siento más no hayas venido sabiendo en el estado en que me dejaste!» Malo era realmente. «Te lo perdono porque sé eres un hombre de honor!» Qué exigirá de mi honor esa niña? «Ven en cuanto recibas esta. Tuya, A.» Es claro! A. Amalia!... Esto solo me faltaba! Voy á buscarla. Ella vive calle de Peligros, segun me dijo, pero no sé el número! No importa, preguntaré y la buscaré hasta encontrarla, no sea que se le ocurra venir aquí y se arme la gorda! Bautista! (Llamando.) Mi sombrero.

BAUT. Si le tiene usted puesto.

BALT. Es verdad! No sé dónde tengo la cabeza!... Cuánto lio en un momento!... El duelo! El sombrero, esta niña, mi mujer, mi hija!... un casamiento!... Por qué fuí yo á Fornos? Por qué?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, LUCIA, á poco BAUTISTA por el foro; la primera está escribiendo en el velador. Toca un timbre.

BAUT. Señora...
ISAB. Bautista, creo poder contar con tu discrecion y voy á darte un encargo muy delicado.
BAUT. Mande usted, que sabré cumplirle fielmente.
ISAB. Así lo creo: conoces tú al señor don Pablo Lujan?
BAUT. Al que vino esta mañana? Al novio de la señorita? Ya lo creo!
LUCÍA. Calla!
BAUT. Y por qué lo ha de ocultar usted? Si fuera feo, lo entendería!... Pero como tiene usted muy buen gusto...
LUCÍA. Bautista!...

ISAB. Y dí, le conocerías si le volvieras á ver?

BAUT. Ya lo creo!... Si me ha hablado muchas veces, antes de irse fuera, de la señorita.

ISAB. De mí? Y qué te decia?

BAUT. Que era muy desgraciado!... que la ausencia le iba á matar.

LUCÍA. Ves, mamá, cómo siempre me ha querido de veras?

BAUT. Y tanto! Ahora usted debe hacerle olvidar los malos ratos que habrá pasado lejos de usted.

ISAB. Vamos, basta. Toma esta carta y llévala calle de Alcalá, 71, segundo, y entrégasela á don Pablo en propia mano.

BAUT. Corriendo.

ISAB. Te advierto que no quiero se entere mi marido de su venida á esta casa; para lo cual tan luego como tú le hayas dejado esa carta, te vuelves; á poco llegará él y le conduces á mi gabinete. Te repito que no quiero que le vea nadie antes que yo.

BAUT. Descuide usted, que yo sé cómo se hacen esas cosas.

ISAB. Pues anda.

BAUT. A escape.

ESCENA II.

ISABEL y LUCIA, á poco ADOLFO con el sombrero y el Diccionario, por la primera puerta derecha.

LUCIA. Cuánto tengo que agradecerte, mamá.

ISAB. Nada, cumplo con mi deber de madre. Creo que Pablo puede hacerte dichosa, y trabajaré cuanto pueda porque con él sea con quien te cases. Le mando venir en esa carta para que juntos, y de acuerdo, luchemos contra tu padre y su amigo.

LUCIA. Qué manía le ha dado por Adolfo.

ISAB. Ya le pasará. Retírate hácia aquí, que se nos acerca un enemigo.

ADOL. Ay! no puedo mas. Ya es bastante por hoy. (Dejándose caer en una butaca.) Perdonen ustedes, no las habia visto al entrar. (Isabel y Lucía figuran hablar y no le hacen caso.) (Parece que no me han oido.) Buenas tardes, señoras!... Nada! Don Baltasar no está? Se están burlando de mí? (Alzando la voz.) Pregunto si está don Baltasar!...

ISAB. Habla usted con nosotras?

ADOL. Me parece que sí.

ISAB. Perdónenos usted; estábamos entretenidas en nuestra conversacion...

ADOL. Si estorbo...

ISAB. Calle usted por Dios!... De ningun modo!... El salvador de mi marido!...

LUCIA. El salvador de mi padre!...

ADOL. Señora...

ISAB. Una persona tan discreta...

LUCIA. Tan delicada...

ISAB. Que no exige recompensa por los favores que hace...

LUCIA. Pero que pretende imponerse á una mujer que no le quiere...

ADOL. Qué dice usted?... Permita...

ISAB. Usted es quien ha de permitir que nos retiremos.

LUCIA. Le dejamos libre el campo.

ADOL. Señorita...

ISAB. No se moleste usted.

ESCENA III.

ADOLFO.

ADOL. Se han estado burlando de mí, y en mi cara. Esto solo me faltaba para que esta casita concluyera por fastidiarme del todo. Decirme á mí que abuso... que se me recompensa... ¿y con qué me paga á mí su marido el que yo me vuelva tísico, y lo consigo á pocos dias como el de hoy? He subido á

cinco pisos terceros que representan seiscientos escalones. Hay que tomar una resolucion, y pronto. (Al tomar el sombrero se fija en la tarjeta que dejó en el primer acto don Eugenio.) Eh?... qué es esto? Eugenio Silvestre!... El padrastro de Aurora!... Habrá venido á buscarme aquí? Qué tonto soy! Ni me conoce ni me ha visto en su vida, ni sabe nada de... Ahora caigo en que yo mismo habré dejado aquí esta tarjeta que me dió su hija el otro dia para repartirlas entre mis amigos, á fin de darle bombo, como ellas dicen! (Dejándose caer en una butaca.) Ay! no puedo mas!... no puedo mas.

ESCENA IV.

ADOLFO y DON BALTASAR, que sale primera puerta derecha, y se sienta en la butaca que hay cerca de la puerta.

BALT. No puedo mas!... No puedo mas!... deberia prohibir el gobierno hacer los pueblos tan grandes.

ADOL. Mi mosca!

BALT. Adios, Adolfo!... Sabe usted si está por ahí Bautista?

ADOL. No. (No le faltaba mas que encargarme tambien sus criados.)

BALT. Y sabe usted si ha venido á buscarme una jóven?...

ADOL. No.

BALT. Me habré equivocado. Creí haberla visto dentro de un coche de alquiler en la calle de Alcalá... eché á correr trás él, que contra su costumbre venia al trote, y despues de haberme medio reventado, le perdí de vista.

ADOL. (Cuando te perderé yo á tí!)

BALT. Ay! amigo mio! amigo mio! qué desgraciado soy.

ADOL. Yo no soy ya amigo de usted.

BALT. Cómo!...

ADOL. Como usted lo oye. Me voy de su casa, me voy

de Madrid, me voy de España, porque me voy á ir del mundo, si sigo aquí mas tiempo.

BALT. Se ha vuelto usted loco?

ADOL. Poco menos. Usted ha empezado, y su mujer y su hija han dado el golpe de gracia. Sí, señor. Sepa usted que una y otra han estado aquí, burlándoseme, insultándome y acusándome hasta de interesado.

BALT. Ya sé lo que es... ya sé lo que es. La culpa la tiene ese señor Lujan?

ADOL. Qué Lujan?

BALT. Nadie, no haga usted caso; yo las arreglaré á las dos; le darán á usted cuantas satisfacciones quiera; no faltaba más!... Y discúlpelas, pues la verdad es que cuando las mujeres se ponen nerviosas... no saben ni lo que dicen.

ADOL. Es que usted ignora...

BALT. Déjelas usted, déjelas usted y vamos á pensar sériamente en los peligros que ahora me cercan.

ADOL. Otro nuevo?

BALT. Me ha escrito.

ADOL. Quién?

BALT. Amalia.

ADOL. Qué Amalia es esa?

BALT. Mi amiga de anoche.

ADOL. Ah!

BALT. Me dice que me espera; que confía en que no la abandonaré. He ido á la calle de Peligros, donde me dijo que vivia, pero como no sé el número he estado tres horas subiendo y bajando escaleras, y preguntando sin resultado alguno!... Porque mi intencion era comprar su silencio á cualquier precio y decirle mi posicion para que me deje en paz.

ADOL. Bien pensado!... y qué mas?

BALT. Qué? Que Perez ha venido!... que estuvo hablando con mi mujer un rato! Despues quise darle algunas explicaciones que no quiso oir, y se marchó

dejándome las señas de su casa, pero seguramente eran falsas, porque por allí no vive ningun Perez.

ADOL. Habrá querido evitar su presencia!... No querrá admitir mas que un duelo.

BALT. Es que yo no me bato ni con él, ni con nadie.

ADOL. Tal vez sea ese el mejor medio de salir del apuro. Despues de todo, un duelo casi es sinónimo de un almuerzo.

BALT. Cree usted eso? pues hagamos una cosa; usted se bate y yo pago el almuerzo.

ADOL. No me faltaba mas. Hoy me ha condenado usted á trabajos forzados y mañana á muerte.

BALT. No dice usted que el batirse no es nada!...

ADOL. Poco menos.

BALT. Veamos si lo podemos arreglar pacíficamente. Lo mejor es que usted le vea; ya sabemos que se llama Eugenio, que es poeta. Con estos detalles, es mas fácil encontrarle.

ADOL. Qué, quiere usted que le vuelva á buscar?

BALT. Si no creyera abusar de usted...

ADOL. Qué! .. Nada de eso!... Voy ahora mismo!... (Donde me voy ahora es á casa de mi guantera, de mi novia, que me estará esperando desde ayer.)

BALT. Ah! modelo de amigos! Cuánto le debo á usted.

ADOL. Nada, eso no es nada! (Como tú no encuentres á Perez hasta que yo le busque, ya estás fresco!...) Hasta la vuelta. (Se va primera puerta derecha.)

ESCENA V.

DON BALTASAR, á poco BAUTISTA.

BALT. Adolfo!... Tóme usted un coche!... no se canse usted! Qué hombre!... Qué hombre!... La Providencia le ha puesto en mi camino como mi Angel bueno!... Qué ingratas son las mujeres!... Mi hija no ama á un hombre como ese! Qué buscas?

BAUT. El señorito Adolfo!...

BALT. Ha salido en este momento, qué le quieres?

BAUT. Darle esta carta que ha traido el mismo mozo de esta mañana, y de parte de la misma persona.

BALT. Dame, dame... (Abre y lee la carta.) Me cree enfermo porque no he ido... vá á venir aquí... ¿Dónde está el que ha traido esta carta?

BAUT. No estará muy lejos.

BALT. Es preciso que yo le vea... Es preciso...

BAUT. Señor!... Señor!... si se ha ido por la otra escalera!...

ESCENA VI.

DON EUGENIO, foro izquierda; á poco DON PABLO, foro derecha.

EUG. No se moleste usted, gracias; conozco la casa, estuve esta mañana. Calle! No hay nadie!... Pues aquí espero, y no me voy esta vez sin que me dén mi sombrero. Me dicen esta mañana que me le habian enviado á mi casa, voy allí y no ha parecido nadie; me quedé esperando, y pierdo dos lecciones por su culpa. Si en vez de estarme tan chico, me fuera grande, le hubiera puesto por dentro unos papelitos y en paz. No me fastidiarian más!.. Quién será este jóven? Será de la familia?

PABLO. Beso á usted la mano.

EUG. Servidor...

PABLO. No extrañe usted mi turbacion al dirigirme á usted.

EUG. Usted se equivoca sin duda: yo...

PABLO. No señor, sé que... (Ahora no me atrevo á decirle nada.)

EUG. (Vaya un tipo!...)

PABLO. (Ánimo!) Usted debe saber que estos seis últimos meses los he pasado en Rusia.

EUG. No señor, no sabia nada... Pero usted debe con-

fundirme con algun otro. A quién tengo el honor de hablar?

PABLO. Cómo que no sabe usted nada!... usted se equivoca, ó no se digna entenderme!... Soy Pablo Luján.

EUG. Luján!... Ah! sí!... ya caigo!... Vaya!... vaya!... Con que usted es Luján? Me alegro! (Pues no sé quién es!)

PABLO. Desde luego supongo que ya sabe usted el objeto de mi peticion.

EUG. No!... digo, sí. (Pues señor, él parece que me conoce mucho y yo no recuerdo...!) Si tuviera usted la bondad de indicarme algo... puede que yo... explíquese usted.

PABLO. Es muy justo que lo haga. En primer lugar le diré á usted que soy hijo único.

EUG. Me alegro! con eso no le fastidiará la familia.

PABLO. Pertenezco á una familia honrada.

EUG. No lo dudo.

PABLO. Mi abuelo fué oficial de marina, mi padre ingeniero civil, y yo sigo la carrera diplomática.

EUG. Son muy bonitas carreras las tres. (Y á mí qué me importará todo esto!...)

PABLO. Ahora querrá usted saber mi posicion y mi fortuna!

EUG. Me es igual; pero si usted tiene gusto en decírmelas!...

PABLO. Sí señor, tengo veinte mil duros que me dejó un tio...

EUG. Es muy bonito recuerdo.

PABLO. Quince mil que me legó mi padre, y veinticuatro mil reales de sueldo al año como segundo secretario de la embajada de Rusia. Con que ya sabe usted cuál es mi posicion y mi fortuna.

EUG. Ha sido usted muy amable. (Será costumbre entre las gentes de tono contarse sus cosas!... Voy á pagarle su franqueza.) Ahora me toca á mí. Mi padre tuvo diez hijos, yo fui el octavo ó el noveno... no

me acuerdo bien.... mi juventud la pase....

PABLO. No se moleste usted.

EUG. Sí señor! Mi juventud la pasé...

PABLO. Le suplico...

EUG. Nada! nada!... Mi juventud la pasé...

PABLO. No me haga usted la injuria de creer... yo solo quiero la mano de su hija.

EUG. Eh?

PABLO. Y mi única ambicion es que usted me la conceda.

EUG. Siéntese usted, siéntese usted y hablaremos formalmente!... (Semejante partido para mi hija!... Oh! felicidad!...) (Pablo vá á sentarse en la silla que hay al lado del velador donde está el sombrero que habrá dejado don Eugenio. Al devolverle vé la tarjeta en el fondo.) Oh! cuidado con mi sombrero!...

PABLO. Perdone usted. (Tiene su tarjeta! ojalá la hubiera puesto en el suyo mi borracho de anoche.)

EUG. Y dígame usted, ¿cómo ha sabido que me encontraria aquí?

PABLO. Su señora me lo ha dicho.

EUG. Ha visto usted antes á mi mujer?

PABLO. Sí señor.

EUG. Vamos, ya! (Le dije que de aquí no me movia...) Y ha dado á usted su consentimiento?

PABLO. Oh! Sí señor; y su hija tambien!

EUG. Entonces no hay mas que hablar.

PABLO. Consiente usted?

EUG. Con el alma y la vida.

PABLO. Cómo espresar á usted mi gratitud!...

EUG. Haciéndola muy feliz, porque la quiero como si fuera mi hija.

PABLO. No entiendo...

EUG. Sí, yo no soy más que padrastro!

PABLO. Y cómo lleva el mismo apellido de usted?

EUG. Porque mi mujer estuvo casada en primeras nupcias con un primo mio.

PABLO. Ah! ya! Lo ignoraba.

EUG. Sí, señor; conque asunto concluido. Y cuándo se hace esa boda?

PABLO. Lo más pronto posible.

EUG. Me alegro. Así se deben hacer esas cosas!... de golpe y porrazo.

PABLO. No me perdono el miedo que me ha hecho usted pasar.

EUG. Yo?

PABLO. Me habian asegurado que mi peticion no encontraría buena acogida en usted por un tal Adolfo Montero.

EUG. Sí; algunas personas me han dicho algo de ese jóven que andaba haciendo arrumacos á mi hija. Pero despues me han convencido en casa de que es solo un buen parroquiano para gastar guantes y nada más.

PABLO. (Es muy bromista mi suegro!) Si usted me lo permite me retiro á casa á tranquilizar á mi madre y darle esta buena noticia.

EUG. Es muy justo.

PABLO. Pasaré antes á despedirme de esas señoras y á participarlas mi alegría.

EUG. Vaya usted... vaya usted!... (¡Qué cumplido es!)

PABLO. Hasta despues; usted me reconocerá por su hijo.

EUG. Sí, hijo, sí... ven á mis brazos. En mí encontrará usted un padre!... Sí, un padre... y vaya usted con Dios!... (Vase D. Pablo por el foro.) Me ha enternecido este hijo que me ha salido! Qué ocultas que tenia mi hija estas relaciones diplomáticas! Y á todo esto no vuelve el señor de Casamon. El tiempo pasa y me va á hacer perder por su culpa otra leccion.

ESCENA VIII.

DON EUGENIO, ADOLFO; éste deja su sombrero en la silla del foro y el Diccionario en el velador fondo derecha.

ADOL. ¡Gracias á Dios que le encuentro!

EUG. Para servir á usted. (Este es sin duda el que debe darme mi sombrero.)

ADOL. Tenga usted la bondad de oirme con calma. Empiezo por decirle á usted que hasta hace media hora escasa nada sabia.

EUG. Cómo no?

ADOL. Créalo usted. Ella me habia escrito, pero sus cartas no han llegado á mí... Voy ahora á su casa... tan tranquilo... Me lo ha dicho todo! En vista de semejante revelacion, sé lo que hacer me toca... Sé lo que el honor manda... Me dijeron habia usted venido aquí, y sin detenerme un instante he corrido en su busca, y aquí me tiene usted.

EUG. Lo celebro, porque así acabaremos más pronto.

ADOL. Qué le diré á usted que usted mismo no comprenda! Los dos somos jóvenes, nos queremos mucho!... sírvanos esto de disculpa.

EUG. Pero qué dice usted?

ADOL. Sí, señor; yo estoy dispuesto á repararlo todo. Sepa usted que pertenezco á una familia honrada.

EUG. Ya lo sé. (Ahora vá este tambien á contarme su historia.)

ADOL. Mi abuelo fué...

EUG. Ya lo sé; oficial de marina.

ADOL. No señor, boticario. Mi padre...

EUG. Perdone usted; qué necesidad tengo yo de saber...

ADOL. Tiene razon, que antes deberia haber dado este paso!... Pero usted es bueno, indulgente, usted me perdonará cuando vea cuánto la amo.

EUG. (Este es otro loco como el criado que vi esta mañana. Se conoce que en la casa abundan.) Bueno, tranquilícese usted.

ADOL. Sí señor, cuando nos haya perdonado. Nuestro placer será llenar de encantos su vejez; sus nietecillos alegrarán sus últimos dias.

EUG. Pero de qué demonios habla este hombre?

ADOL. Vamos, abra usted sus brazos al mas culpable de todos los yernos.

EUG. Yerno?

ADOL. Y sobre todo sea usted indulgente y no trate mal á Aurora.

EUG. A mi hija? Y por qué?

ADOL. Usted no sabe nada?

EUG. De qué?

ADOL. Yo creí que ya se lo habian dicho!

EUG. Pero el qué?

ADOL. Todo.

EUG. Todo qué? Ay! ay! que me mareo! Siempre que entro en esta casa me sucede lo mismo. Quién es usted?

ADOL. Adolfo Montero.

EUG. Ah! Bien! (Este es el parroquiano de mi hija.) Bueno, y qué?

ADOL. Cómo y qué?

EUG. Sí, qué quiere usted de mí?

ADOL. Que me conceda usted la mano de Aurora, y con ella su perdon, porque ya le dije antes que estoy dispuesto á todo.

EUG. Si hubiera usted empezado por el principio, nos hubiéramos ahorrado media hora de conversacion y de mareo. Me es imposible acceder á su peticion porque acabo de concedérsela á don Pablo Luján.

ADOL. Es que ese matrimonio no se efectuará.

EUG. Cómo es eso, amiguito?

ADOL. Su hija de usted no quiere á nadie mas que á mí...

EUG. Eso es lo que usted cree.

ADOL. Cómo que creo yo? pues y las pruebas?

EUG. Pruebas, pruebas!... No sea usted inocente!... qué mas prueba que haber autorizado al otro para pedirme su mano?... Qué quiere decir esto?... Que la adora, hombre, que la adora! Pues es claro!

ADOL. Eso no es verdad.

EUG. Oiga usted!... A mí nadie me insulta, ni me deja por embustero.

ADOL. Pues si es verdad lo que usted dice, la mato!

EUG. Se lo prohibo á usted terminantemente.

ESCENA IX.

DICHOS, DON BALTASAR, puerta primera izquierda.

BALT. No he podido hallarle!... Dios! Perez con Adolfo!

ADOL. Usted verá si la mato!

EUG. Eso lo veremos.

ADOL. A usted y á ella! y á ella y á usted!

EUG. Cómo se entiende!... A mí amenazas?...

ADOL. A usted y al mundo entero.

BALT. Señores, qué es eso?... Vamos, Adolfo!... Vamos, cálmese usted, y hágame el favor de retirarse... Se conoce que ahora está arrebatado y...

EUG. Me retiro, sí señor, pero nos volveremos á ver; y en el entretanto le diré á usted tambien que cuando uno tiene locos en su casa, los encierra. Si señor; los encierra. (Váse por el foro.)

BALT. Que amistad la de ese hombre!... por mí quiere matar á Perez.

ESCENA X.

DICHOS, ISABEL y LUCIA, foro izquierda.

ISAB. Qué voces son estas?... Qué pasa aquí?

BALT. Nada, hija mia! una pequeña cuestion que ya pasó!... Vamos, tranquilícese usted, y á no pensar mas en eso.

ADOL. Ahora estoy pensando en por qué el otro dia no dejé arder el wagon!... Así me hubiera ahorrado el venir á Madrid foco de ingratitudes y perfidias. No importa, en este mismo momento me vuelvo á Andalucía.

BALT. Por qué?

ADOL. Por nada. Adios, señoras; perdónenme ustedes si las he molestado alguna vez sin querer, y usted, don Baltasar, me hará el favor de decir á esa ingrata que me voy de Madrid por no hacer alguna barbaridad con el señor de Luján.

ISAB. Cómo es eso?

LUCIA. A Pablo?...

ADOL. Sí, señoras; á pesar de mi bondad de carácter creo no poder contenerme si le hecho la vista encima.

BALT. Adolfo; tranquilícese usted por esa parte y despréciele usted, que no nos importa el señor Luján; ella se casará con usted, porque así debe ser, y será.

ISAB. Te atreverás á casarla contra su gusto? Eso es una tiranía!

LUCIA. (Primero me quedo para vestir imágenes.)

ADOL. Tienen razon! Nada á la fuerza sale bien!... Ya que la ingrata le prefiere, peor para él.

BALT. Le digo á usted que se casará, y se casará.

ISAB. Eres un veleta que mudas de opinion cada cinco minutos; no acabas de decir lo contrario hace un instante?

BALT. Yo?

LUCIA. Usted no le ha dado formalmente su palabra?

BALT. Eh!... Ya me falta la paciencia para toleraros. No las haga usted caso! Usted se casará!... Le empeño á usted mi palabra.

LUCIA. Ves, mamá?

ISAB. Eres un veleta, un mal padre!

ADOL. No merece la pena que tambien ustedes tengan disgustos por mi causa; yo le agradezco á usted su deseo y su interés; me retiro á arreglar mi maleta.

BALT. De ningun modo permitiré...

ADOL. Gracias, gracias por su interés, y ójala fuera usted su padre. (Se entra llevándose su sombrero.)

BALT. Cáscaras!... Oiga usted!

ESCENA XI.

DICHOS, y BAUTISTA foro izquierda.

ISAB. No te apures.

BAUT. Señor; una jóven pregunta por el señor Adolfo, para hablarle, segun dice, sobre una equivocacion de no se qué.

BALT. Cómo?

BAUT. Le he dicho que no está en casa, y se ha echado á llorar y á decir que es una infamia el haberla abandonado... y qué se yo cuántas cosas mas.

BALT. Basta! basta!... Dios mio!... Ella es!... voy á detenerla.

ESCENA XII.

DICHOS y D. PABLO. Puerta primera derecha.

PABLO. A los piés de ustedes.

BALT. Quién es este jóven?

ISAB. El señor de Lujan.

BALT. Me alegro!... Yo le diré... (A Bautista.) Sal y dí á esa jóven que se tranquilice; que don Adolfo irá á verla dentro de media hora.

PABLO. Qué es eso, Lucía, por qué llora usted?

LUCIA. Porque mi papá no quiere ya darme permiso para casarnos.

PABLO. Cómo es eso?... Y por qué?

ISAB. Porque quiere casarla con Adolfo Montero.

PABLO. Eso lo veremos.

BALT. Oiga usted, caballero!...

PABLO. No hablo con usted señor mio. Veremos con qué derecho pretende impedir que yo sea su marido!

BALT. Pero qué está usted diciendo?

PABLO. Le repito que no hablo con usted.

ISAB. Pablo, es preciso que usted le respete, porque al fin es su padre.

PABLO. Qué ha de ser su padre?

BALT. Canario!

ISAB. Qué está usted diciendo?

LUCIA. Pablo!...

PABLO. Es claro! Pues no es hija de su primo?

BALT. Señor de Lujan!... me dará usted satisfaccion de sus palabras.

ESCENA XIII.

DICHOS, y ADOLFO que sale sin sombrero, y con una maleta al oir las últimas palabras por la segunda puerta de la derecha.

PABLO. Pero quién es usted?

ADOL. El señor es don Pablo Lujan?... me alegro encontrarle.

BALT. Y era este hombre quien tú querias casar con Lucía?

ADOL. Qué escándalo!... Y acaba de concertar su boda con Aurora!...

PABLO. Pero qué dice esta gente?

TODOS. Con Aurora?

ADOL. Sí señores; con Aurora Silvestre.

LUCIA. Conque me engañaba?

PABLO. Este hombre está loco!...

ADOL. Sí señor, de ira! No lo niegue usted ahora! Si su padre mismo me lo ha dicho á mí!...

ISAB. Y cómo se ha atrevido usted á jugar así con una familia honrada?

PABLO. Aseguro á usted...

LUCIA. Infame! Querer casarse con dos mujeres!...

PABLO. Pero Lucia, suplico á usted...

ISAB. Lo que le suplicamos nosotras es que no vuelva á poner mas los piés en esta casa. (Vanse foro derecha.)

PABLO. Pero si no quieren oir...

ADOL. Hacen bien; así aprenderá usted á respetar á la mujer del prójimo.

PABLO. Oiga usted, caballero! Ya me falta la paciencia!... Si á esas señoras les he permitido sus reconvenciones, no tengo costumbre de tolerárselas á ningun hombre, y menos á usted.

ADOL. Precisamente deseaba yo decirle á usted lo mismo.

PABLO. Pues dígame usted dónde y cómo quiere que terminemos este asunto.

ADOL. Donde usted elija, y como usted quiera.

PABLO. Por mí en cualquier parte; el señor nos basta como testigo!... Él puede arreglarlo como mejor le parezca, y pronto!.. para tener el placer de matarle á usted. (Váse.)

ADOL. Ó yo á usted. Ya lo ha oido usted, que queda encargado de arreglar las condiciones: yo voy á pedir las armas á un paisano mio que nos las dejará. Me alegro que esto haya terminado así; de este modo me desahogaré con él y pagará todos los disgustos de hoy.

BALT. Adolfo! Basta de lios y de sustos!... Tranquilicémonos todos, porque mire usted que yo que callo, tengo una buena píldora en el cuerpo.

ADOL. No señor! Caiga el que caiga, adelante!... Medite las condiciones, y que sean duras. Pronto vuelvo. (Se marcha por la primera puerta, llevándose el sombrero de Perez y dejando el suyo.)

ESCENA XIV.

BALTASAR.

BALT. Pero señor! cuánte enredo! cuánto lio! Y á todo esto á mí se me ha olvidado el mas gordo. El señor Luján dice que mi hija no es mi hija, sino hija de un primo, en cuyo caso el verdadero primo soy yo. Adolfo me habia dicho antes... ¡ojalá que fuera usted su padre! Que viene á ser lo que dijo el otro.

Aquí debe de haber por fuerza una equivocacion, y esa equivocacion no debe ser de mi mujer, á quien creo completamente incapaz de semejante equivocacion. Decididamente lo que aquí se necesita es mucho juicio y mucha calma para arreglarlo todo. En primer lugar, ese duelo que no debe llevarse á efecto... Luego...

ESCENA XV.

DON BALTASAR. BAUTISTA, y á poco EUGENIO foro izquierda

BAUT. El señor de Perez, que quiere hablar con usted.

BALT. No me faltaba mas que este!... vendrá por su sombrero!... Que pase.

BAUT. Pase usted.

EUG. Buenas tardes.

BALT. Vendrá á buscar, como es justo...

EUG. Sí señor.

BALT. Le pido mil perdones por no habérsele enviado antes, pero hemos tenido un pequeño disgustillo: aquí le he visto yo hace un momento. Bautista. (Aparte á él.) Sabes tú dónde está el sombrero del señor?

BAUT. (Alto.) No señor.

BALT. Aquí estaba hace un momento. Tal vez esté en mi habitacion: vé á buscarle. (Bautista entra por la primera puerta de la izquierda.)

EUG. No puede usted figurarse lo que he sentido haber tratado á Adolfo tan duramente... Aunque la verdad es que no fué toda la culpa mia... Sino que estaba ofuscado!... Ya se vé!... el otro me aseguraba que tenia el consentimiento de la muchacha...

BALT. Qué dice este hombre?

EUG. Lo creí de buena fé, porque no tenia antecedente de lo que ocurria... Por eso ahora tengo mayor impaciencia por encontrarle.

BALT. (Pues como vale tanto su dichoso sombrero!...) Ya estaria en su poder hace rato, si no me hubiese usted dado equivocadas las señas de su casa.

EUG. Cómo equivocadas?

BALT. Sin duda alguna, porque he ido yo mismo... Fuencarral, 7.

EUG. Eso es!

BALT. No está.

EUG. Y qué dirán en casa si vuelvo sin él?

BALT. Búscale por su cuarto. Crea usted que siento no parezca ahora, para que se le lleve y acabemos de una vez, porque no vale los disgustos que me ha dado.

EUG. Para mí ahora vale mucho; créalo usted, y estoy muy contento con él.

BALT. Verdaderamente se toma cariño á lo que mas sirve á uno.

EUG. Pero él ha sido criado de usted?

BALT. Quién?

EUG. Adolfo.

BALT. Adolfo!... Y quién hablaba aquí de Adolfo?

EUG. Yo, hace un cuarto de hora.

BALT. Yo creí que de lo que usted hablaba era de su sombrero.

EUG. No estaria demás, aunque verdaderamente lo que me interesa ahora es Adolfo.

BALT. Ah!...

EUG. Sí señor, sí... Mi hija me lo ha suplicado, y quiero complacerla!... Lá pobre está desolada... y yo tambien he pasado mal rato... porque parece... y á propósito, tambien quiero averiguar otro lio. Don Adolfo dice que no ha recibido ninguna de las cartas que le ha enviado...

BALT. Qué cartas?

EUG. Dos que le ha mandado hoy con un mozo de cordel y que ha entregado, segun él, á un criado de la casa.

BALT. (Dos cartas!... un mozo!... su hija... Dios mio!... Si será este el padre de Amalia!... No me faltaba mas...)

BAUT. No le encuentro por ninguna parte. No hay mas en su cuarto que este. (Sale con el sombrero verdadero de Adolfo.)

BALT. Este no es.

EUG. Oiga usted, este sabrá!... (D. Baltasar hace señas á Bautista para que no diga nada.) Ha sido usted el que ha recibido... á usted digo!... ¿Es que no quiere usted hacerme caso?

BAUT. Si el amo me está haciendo señas... y no me deja...

BALT. Animal.

EUG. Sabe usted á quién han entregado hoy dos cartas de parte de una jóven?...

BALT. (No lo dije? Es el padre de Amalia?)

BAUT. A mí... Yo las he recibido.

EUG. Y qué ha hecho usted de ellas?

BAUT. Dárselas al amo.

BALT. A mí? (Infame!)

EUG. Las ha abierto usted?

BALT. Equivocadamente, creí...

EUG. Sí, no importa... Porque la reparacion vá á ser inmediata, se lo aseguro á usted.

BALT. Me alegro! (Este hombre ignora que soy casado! Debo tener calentura.)

EUG. Comprenderá usted que el matrimonio en estos casos, debe verificarse inmediatamente, porque la maledicencia...

BALT. Es lo que debe ser!... (Y cómo digo la verdad á este hombre! No me queda mas camino que la bigamia ó la muerte.)

ESCENA XVI.

DICHOS, ADOLFO primera puerta derecha con el sombrero del primer acto.

ADOL. Ya está todo corriente!...

EUG. Gracias á Dios que le encuentro: á mis brazos, yerno mio, á mis brazos!

ADOL. Qué significa este cambio?

EUG. Que estoy enterado de todo y antes no lo estaba, y que os perdono... Que aquí debe haber sucedido algun *quid pro quo*, del cual yo he sido víctima; pero mi hija me lo ha confesado todo, y me ha dicho que en su vida ha visto al señor de Luján.

ADOL. Bah! bah!...

EUG. Cómo! Me ha jurado que á usted, y solo á usted, es á quien quiere.

BALT. (Tambien este conocia á Amalia?)

EUG. Conque á no acordarse del pasado, sino á ser felices y á casarse para bien de todos.

ADOL. Usted sabe que esa ha sido mi intencion siempre, y por mi parte cuanto mas pronto mejor.

BALT. (Yo no puedo consentir que este chico haga esa barbaridad...)

EUG. Ea, pues, vamos á casa, porque la pobre niña ha pasado hoy un dia cruel!... Allí está llora que te llora esperándole á usted, y tan impaciente, que me ha hecho venir á buscarle.

ADOL. Pues vamos.

BALT. (No puedo permitir semejante candidez.) Adolfo.

ADOL. Mande usted.

BALT. No vaya usted á esa casa; no crea usted á nadie más que á mí, que soy su verdadero amigo. Ese matrimonio es imposible.

ADOL. Qué dice usted?

EUG. Hable usted claro.

BALT. Lo diré todo lo claro que pueda. Ese matrimonio no puede llevarse á efecto habiendo yo cenado anoche en Fornos!

ADOL. Señor don Baltasar, usted miente.

EUG. ¿Pero qué nos importa á nosotros que él cene donde quiera? Vámonos.

ADOL. Deje usted. Le repito á usted que pruebe su acusacion, ó de la contrario, creeré que es usted un impostor.

BALT. Vea usted si son bastantes esas cartas.

ADOL. Sí, esta es la letra de Aurora.

BALT. Cómo, cómo! de Aurora?

ADOL. Sí, de mi querida Aurora y dirigidas á mí.

BALT. Conque eran para usted? y esta A?

ADOL. Esa A dice Aurora! el nombre de la hija del señor y mi futura esposa.

EUG. Pues bien claro está, y estas son las cartas por las que le preguntaba hace un momento.

BALT. Perdónenme ustedes mi equivocacion. (Entonces, ni Amalia ha escrito ni ha venido... oh, felicidad!)

ESCENA XVII.

DICHOS, BAUTISTA, á poco DON PABLO.

BAUT. Don Adolfo, el señor Luján desea ver á usted.

ADOL. Dile que pase! vendrá á hablarme de nuestro duelo que ya habia olvidado.

EUG. Un duelo?

BALT. No hay nada que temer; yo lo arreglaré.

PABLO. Creí encontrar á usted solo.

ADOL. Puede usted decir lo que quiera, porque estos señores son de confianza.

PABLO. En ese caso diré á usted el objeto de mi visita. He estado reflexionando desde que nos separamos sobre lo ocurrido aquí, y no he llegado á comprender todavía ciertas acusaciones que aquí se me hicieron. Usted parece que las sabia, puesto

que las apoyó, y antes de batirnos quiero saber porqué y cómo vamos al terreno.

ADOL. Es muy sencillo. Nosotros dos hemos amado á la misma mujer... pero yo solo he sido y soy correspondido de ella... Usted sostenia lo mismo á pesar de las pruebas que yo tengo de esta verdad.

PABLO. No señor, no es esa mi pregunta. A mí se me ha acusado de querer casarme con dos mujeres... (Dirigiéndose á Eugenio.) Cuando el señor Casamon sabe...

BALT. Cómo Casamon? Perez querrá usted decir.

ADOL. Cómo Perez? el señor es Silvestre.

PABLO. Usted no es el señor de Casamon? (A don Eugenio.)

BALT. No señor, Casamon soy yo. Y usted, no es el señor de Perez?

EUG. Lo que yo creo que esta es una casa de locos. Yo no soy ni Casamon ni Perez, sino Silvestre.

PABLO. Ahora lo comprendo todo.

BALT. Que felíz es usted, porque yo sigo en bábia.

PABLO. Pero usted... usted no se llama Casamon?

EUG. Dále, no señor.

BALT. De modo que este sombrero no es de usted? (Por el que sacó Adolfo.)

EUG. Este? No señor.

BALT. Entonces no fué usted el que anoche medió... ni al que yo dí...

EUG. Un demonio! No señor.

BALT. Entonces, ¿cómo tiene usted mi sombrero?

PABLO. Tenga usted la bondad. Esta mañana le hice yo á usted una peticion que no era para usted.

EUG. Este es mi sombrero. (Por el que tiene Pablo.)

PABLO. Cómo! Este sombrero es suyo?

EUG. Ya lo creo! y desde esta mañana ando tras él.

PABLO. Con que segun eso, fué usted el que anoche empezó á darnos golpes á mí y á mis amigos?

EUG. Yo? En mi vida he faltado á nadie.

BALT. (Por lo visto, anoche fué noche de porrazos.)

PABLO. No lo niegue usted. El señor promovió anoche un fuerte escándalo á la puerta de casa de Fornos, de donde salíamos, insultando á algunos compañeros mios y á mí que tenemos costumbre de reunirnos en aquel café. Este señor parece que estaba algun tanto alumbrado.

EUG. Señores, señores, hablemos claros, precisemos las cosas, porque de otro modo van á dar conmigo en una casa de locos. Yo estuve anoche en Fornos, pero no bebí, porque no lo acostumbro á hacer mas que el dia de Noche-buena.

BALT. Tranquilícese usted. (D. Baltasár le coge el sombrero que tiene en la mano á D. Eugenio, que es el suyo, y dice á Pablo) Este es el sombrero de usted.

PABLO. No.

BALT. Entonces es evidente que no fué el que le tiró el suyo á rodar.

PABLO. Ahora si que no lo entiendo. Si este... (Por el que tiene en la mano, que es el de D. Eugenio.) es el suyo, y éste... (Por el de Adolfo.) es el mio, de quién es este?

BALT. Mio.

PABLO. De usted?

BALT. Sí, señor. Guarde usted silencio. Sepa usted que yo soy el verdadero, el único papá de Lucía.

PABLO. Gracias á Dios que nos entendemos.

BALT. Usted quiere casarse con ella? Pues no hay inconveniente, á condicion de que no ha de hablar usted ni una palabra á nadie del lance de anoche.

PABLO. Ni una sílaba, descuide usted.

BALT. Bautista, dí á las señoras que vengan. (Se dirige á don Eugenio y le lleva al otro lado del proscenio.) Diga usted, cómo estaba mi sombrero en su poder?

EUG. Muy fácilmente. Yo enseño á escribir á un camarero que sirve en el restaurant de Fornos, y le doy leccion á última hora, que es la más cómoda y más desocupada para él: puse mi sombrero en la mesa inmediata adonde estaba usted cenando

con una jovencita, muy guapa por cierto.....

BALT. Chist!... Silencio!...

EUG. Al marcharse se conoce que usted tomó el mio por el suyo...

BALT. Tiene usted razon! Yo no estaba para distinguir de colores. Ruego á usted me guarde el secreto de mi desliz.

EUG. Como si hubiera caido en un pozo.

BALT. Pablo, con permiso. Podria usted explicarme qué demonios significa esa E y ese Perez que hay escrito en el fondo de su sombrero?

PABLO. Esa es la firma autógrafa de mi sombrerero.

BALT. Ah! Pues no son sustos los que me ha dado á mí esa innovacion pretenciosa del artista.

ESCENA XVIII.

DICHOS, ISABEL y LUCIA. Foro izquierda.

ISAB. Nos llamabas?

BALT. Sí, hija mia; para deciros que nos hemos entendido todos, que aqui ha habido varias equivocaciones, que te explicaré, y que con el mayor gusto consiento en la boda de Lucía con el señor Luján.

ISAB. Gracias á Dios que piensas con juicio una vez.

PABLO. Y usted está contenta, Lucía?

LUCIA. Aun no. Y la otra señorita cuya mano habia usted pedido?

ADOL. Puede usted estar tranquila, porque se casa conmigo.

BALT.
Ya que tras de tantos lances
como aquí me han sucedido
al fin y al cabo han tenido
punto final mis percances;
si nos llegais á gritar
por casualidad no rara,
me vá á salir á la cara
la cena de Baltasar.

FIN.



